

R. 90



1841.

SEMANARIO

Pintoresco Español.

Segunda Serie.— TOMO III.



1841

GEORGE

Historical Dictionary

George & Co. - TOWN



Semanario Pintoresco Español.

(Lectura de las familias.)



SEGUNDA SERIE.

TOMO III (6.º de la colección.)

Dió principio el Semanario en 1836, y en el año que cumple hoy 31 de diciembre de 1841 concluye el tercer tomo de la segunda serie (sesto de la colección), y ha publicado en dicho año los siguientes artículos con sus grabados correspondientes.

(Los artículos que llevan esta señal * tienen grabado.)

ESPAÑA PINTORESCA.

Campiel, página 31. — *El solar del Cid, 33. — *El cofre del Cid, 34. — *La casa del Ayuntamiento de Sevilla, 41. — *El arco de Vara, 53. — *Cobadonga, 73. — Belmez y su castillo, 77. — *El palacio encantado, 86 y 96. — Andujar, 123. — *La armadura de D. Juan de Austria, 112. — Las cadenas de la batalla de las Navas, 124. — El castillo de Marcilla, 125. — *La alameda de Cádiz, 136. — *La Seu de Palma, 144 y 145. — *Armadura chinesca, 153. — *Alcalá de Guadaira y su castillo, 174. — *Puerta de entrada, en Benavente, 192. — *La Seu de Zaragoza, 201 y 209. — *La sierra de Francia, 226. — *La capilla del Condestable, en Burgos, 241. — *Zaragoza, 259 y 269. — *Sepulcro del arzobispo Valdés, 273. — *Toledo, 289. — El castillo de Magacela, 300. — *Pamplona, 319. — *Vista del Escorial, 328. — *La piedra del Cid, 333 y 339. — Iglesia de la Universidad de Sevilla, 370 y 381. — *La montaña de Sal, de Cardona, 377. — *Cádiz, 385. — *La catedral de Segovia, 404.

COSTUMBRES NACIONALES.

*Pobre D. Meliton!, página 7. — Costumbres estudiantinas, 21. — La minimania, 85. — La bajada del Angel, 116. — *Corrida de toros en Sevilla, 198. — Proceso del Corpus en Toledo, 177. — *Idem en Sevilla 177. — *Un ajuste de boda, 199 y 202. — *El Morrillo, 217. — *Los peregrinos de Santiago, 233. — *Curra, ó los guapos de Triana, 265. — Los baños de Pauticosa, 279. — *Al amor de la lumbre, ó el brasero, 406. — *La venta de Alduenda y los arrieros, 409.

BIOGRAFIA.

*Luis Vives, página 1 y 11. — *Miguel Angel, 10. — *Moisés, 26. — *Jesucristo, 35. — *Mahoma, 43. — *Vandick, 57. — *Bevenuto Cellini, 89. — *San Juan de la Cruz, 105 y 114. — *Rubens, 121 y 130. — *El P. Juan de Mariana, 137. — D. Rodrigo Calderon, 162. — El cardenal de Lorenzana, 169. — *D. Antonio Barceló, 193. — *Alonso

Cano 251. — *Fr. Luis de Granada, 281. — *El maestro Ambrosio de Morales, 297. — *Juan de Herrera, 321. — El cardenal Francisco de Toledo, 331. — *D. Jorge Juan, 337. — Enrique Vaca de Alfaro, y Bernardo de Cabrera, 357. — D. Francisco Sanchez Barbero, 395.

LEYENDAS Y TRADICIONES NACIONALES.

La noche grande de Toledo, 37. — La batalla de las Navas, 66. — D. Juan de Lanuza, 82, 92, 99 y 109. — Tradiciones del rey D. Pedro, 148 y 157. — Relacion del motin de Madrid en 1763, 186 y 194. — La muerte de César Borja, 210. — *D. Alonso Coronel, ó la venganza del Cielo, 274. — Laras y Castros, 290. — *Una anecdota de Colon, 353.

HISTORIA.

Exámen de la historia del P. Mariana, página 146. — *Los ejipcios, 358. — *Los judfos, 363. — *Los griegos, 372. — *Los romanos, 378. — Italia y Roma despues de la conquista, 387. — Los turcos, 402.

GEOGRAFIA Y VIAJES.

*Grecia, página 45. — *Tours, 49. — Viaje de Cádiz á Sevilla, 78. — Viaje de Sebastian de Elcano, 154. — Recuerdos de viaje, introducción, 134. — De Madrid á Bayona, 140. — Bayona, 149. — De Bayona á Burdeos, 157. — Burdeos, 165. — De Burdeos á París, 173. — *París, 181, 189, 204, 212, 221, y 228. — Brusélas, 237. — *Los caminos de hierro, 245. — Las ciudades flamencas, 251. — Malinas, Lieja y Namur, 260. — Amberes, 270. — Tabla de descubrimientos geográficos, 314. — Las posadas de Europa, 316. — Descubrimiento del mar pacífico, 323. — *El Mar ártico, 330, 346 y 354. — *El Cairo, 361. — *Los montes Apeninos, 384.

HISTORIA NATURAL.

El mundo invisible, página 4, 20, 27, 51, y 76. — El tigre, 60. — La menura lira, 18. — El búfalo, 92. — El argos, 109. — El leon y la leona, 129. — El leopardo, 152. — La ballena, 161. — El pavo real y el pavo comun, 180. — El megaterio, 185. — El jabali, 216. — La grande harpía, 225. — El rinoceronte de la India y el fosil, 249. — El murciélago, 280. — El Mandril, 292. — El herizo, 300. — Las ranas, 325. — El diamante, 326. — El camello, 329. — Los volcanes, 335. — Las aves del paraíso, 341. — Las lagartijas, 357. — Los peces voladores, 368. — El gran castaño del Etna, 369. — Los conejos, 373. — Emigracion de las aves, 374. — Instinto de las aves, 382. — El algodón, 389.

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

*Fabricacion de armas blancas, en Toledo, página 97. — Las remolachas, 118. — Telégrafos españoles, 155. — Agricultura, 179. — Barcos de vapor inventados por los españoles en 1543, 234. — La compañía de las Indias orientales, 293, 299 y 306. — Los tres órdenes griegos, 334. — Exposicion de la industria española, 396, 403 y 413. — Del ramo de librería en España, 414.

BELLAS ARTES.

*El teatro de la escala de Milan, página 65. — Exposicion pública en Cádiz, 90. — El obelisco de la plaza del Vaticano, 100. — La estatua de Gütemberg, 235. — El Sepulcro de Morafin, 305. — Estatua de Isabel la Católica, 393. — Estudio filarmónico; Rubini, 395.

CUENTOS Y NOVELAS.

El remedio del amor, página 13 y 29. — El chico Estevan, 47, 55, 69. — Daniel el astrólogo, 80. — Los dos huérfanos, 91. — Dos horas adelantadas, 127 y 131. —

Qué día, 6 las siete mujeres, 307. — Parisina, poema de Biron traducido en verso, 339 y 349. — D. Policarpo, 155 y 263. — Escena de los tiempos feudales, 17. — Don Lope, 231. — La bordadora de Granada, 302.

CRITICA LITERARIA.

Revisia teatral, página 2. — Critica de los sainetes de D. R. de la Cruz, 61, 71. — Iden de las poesias de Bermudez de Castro, 102. — Exámen de la historia de Mariana, 146. — Autores españoles juzgados por los alemanes, 203. — Critica de las Poesias de Romero, 405.

POESIA.

Los avencerrages, página 6. — El negrero, 15. — A Elisa, 32. — Al otoño de 1833, 39. — La tumba y la rosa, 72. — A Jesus crucificado, 111. — El rio, 119. — Mi profesion de fé, 142. — A una estrella, 168. — Romance satírico, 198. — Gloria, 220. — Epigramas, 216, 240, 248. — A unos ojos negros, 245. — La muerte y la esperanza, 327. — Un esdrújulo romance, 335. — A mi musa, 367. — A un retrato, 375. — Romance esdrújulo burlesco, 376. — Cuento de cuentos, 382.

VARIEDADES.

A nuestros lectores, página 5. — Academia forense en Valladolid, 54 y 296. — El carnaval en Milan, 58. — El privilegio de las palmas, 108. — Modas antiguas, 243. — Las viudas indianas, 250. — Division natural del tiempo, 284 y 295. — Estado de la religion en el mundo, 285. — Ritos funerales, 286. — Encantadores de culebras, 313. — Ancianidad de los antediluvianos, 324. — La capilla de Guillermo Tell, 343. — El botenote, 348. — Gigantes enanos y pigmeos, 355. — La calesa napolitana, 401. — Nota de publicaciones en 1841; 416.

Semanario Pintoresco Español.

SEGUNDA SERIE.

TOMO III.



LUIS VIVES.



LICE un sábio del siglo pasado (D. Gregorio Mayans) que entre los cuatro sugetos que se pueden citar como restauradores de las ciencias en España, á saber, Arias Montano, Vives, Antonio Agustin, y Fr. Luis de Leon, sobresale Vives por haber sido el primero que supo hermanar la enseñanza de

Segunda série. — Tomo III.

una piedad sólida, con una erudicion vasta y escogida. Yo creo que aun mas que por esto sobresale Vives, por haberse adelantado á los conocimientos de su época, y haber abierto con sus escritos un nuevo y mas desembarazado camino para los buenos estudios, el cual luego nos han hecho creer que habia sido mostrado por otros sábios extranjeros. Con-

3 de enero de 1841.

viene por tanto al decoro de la España el colocar en su debido rango á este ilustre compatriota, á quien muchos apenas conocen de nombre, ó cuando más por sus dialogos que suelen servir en las aulas para la enseñanza de la gramática latina.

Juan Luis Vives del Vergel nació en Valencia el día 5 de marzo de 1492: fueron sus padres Luis Vives, y Blanca March, que vivían en el sitio que se llamaba "la carrer de la taberna del gall", como lo indica él mismo en el dialogo "leges iudi." Tuviéron además otros varios hijos, y entre ellos un tal Alfonso Vives, maese de campo del tercio de Nápoles al servicio del emperador Carlos V, y que fue comisionado por él despues de la batalla de junto al rio Albis para custodiar al elector de Saxonia, y al duque de Brunswick, hechos prisioneros en ella.

Por lo que hace á Luis, habiéndose dedicado á los estudios, aprendió las primeras letras en su misma patria, y tuvo por maestros de gramática á dos sujetos llamados Gerónimo Amiguet y Daniel Sisó.

Es probable que aprendió al mismo tiempo el griego, que enseñaba entonces allí un tal Bernardo Navarro. En Valencia estudió tambien el derecho civil, bajo los auspicios de su abuelo Enrique March, que enseñaba allí las instituciones de Justiniano.

Poco tiempo despues marchó á París, segun acostumbraban en aquel tiempo los jóvenes nobles, que deseaban adquirir una erudicion mas vasta que la que pudieran proporcionarse en su patria, aunque París no estaba por aquel tiempo mejor que Valencia en cuanto á los estudios. El mismo Vives se quejaba de que gastaban dos años en la dialéctica, y apenas dejaban un año para la filosofia moral y natural, y demas estudios unidos á ella, de modo que algunos tomaban con tal furia el estudio de la dialéctica que en toda su vida no eran mas que lógicos.

Causado pues de París se marchó á Brujas, pueblo que le gustó mas por su buena policía, y por la estabilidad de sus moradores, y en él se estableció el año de 1512. Allí fue tambien donde principió á darse á conocer por sus escritos, pues los anteriores son muy poco conocidos. Los primeros que publicó fueron todos de mistica y en latin, segun el gusto de la época. Tales son el *triunfo de Cristo*, al cual siguió *la oracion de la vírgen*. Poco tiempo despues compuso otro tratado *sobre la paz del mundo cuando nació Cristo*, y otro *sobre su nacimiento*, parte de él en verso.

Concluyó por entonces con el tratado de *ejercicios del alma para con Dios*, y con los *comentarios de las salmos penitenciales* para uso de su discipulo Guillermo Cray, que luego fue electo arzobispo de Toledo.

En estas ocupaciones siguió Vives por espacio de seis años que estuvo en Brujas, donde era generalmente apreciado, de modo que mas adelante tomó allí carta de vecindad. Pero como por aquel tiempo no se hallaba con bastante caudal para sostener una casa, vivía en compañía de otros jóvenes españoles, entre ellos Diego Gracian, y Pedro Maluenda, aragoneses, que despues fueron célebres escritores.

La gran aceptación que tuvieron sus escritos hizo que le invitasen varias universidades á honrar sus cátedras, entre las que prefirió la que le dieron en la universidad de Lovaina, por ser la mas inmediata á Brujas. Allí era ya profesor el año de 1519 siendo de edad de 27 años. La casa donde vivió fué por mucho tiempo conocida, y visitada por los sabios, y aun las autoridades de la ciudad hicieron poner sobre la puerta un verso latino en letras de oro.

Estando en Lovaina principió á escribir su celebre obra *sobre las causas de la corrupcion de las artes*, que fue de lo mejor que dió á luz, pero no pudo publicarla por entonces, y así solamente salió al público otra obra *contra los malos dialécticos*. Estos libros al paso que le acarrearon el odio de

todos los ergotistas y rutinarios de aquel tiempo, le atrajeron tambien las alabanzas y el aprecio de todos los sabios contemporáneos, y en especial del celebre Tomas More, gran canceller de Inglaterra, y de Erasmo de Rotterdam, de quien fue discipulo, y con quien tuvo toda su vida gran correspondencia y familiaridad. Grande fué el beneficio que hizo Vives con esta obra, que corrigió mucha parte de los abusos que dominaban en la enseñanza de las ciencias, y favoreció el desarrollo de estas, el cual por los malos métodos estaba entorpecido. Por eso dije al principio que por lo que mas sobresalía Vives, (á mi modo de entender) era por haberse adelantado á los conocimientos de su época, y abierto con sus escritos un nuevo y mas desembarazado camino para los estudios. Así que en Vives debemos considerar uno de aquellos genios, que forman con sus escritos una época de *transición* en la literatura.

Por consiguiente para juzgar con rectitud acerca de sus obras no sirve ponerse al nivel de los conocimientos que tenemos en el día, sino que es preciso mas bien considerar el estado en que se hallaban entonces. Vives tuvo valor para escribir en aquel tiempo contra la filosofia de Aristóteles, mostrando muchos de sus errores, y las muchas partes en que habia sido adulterada la doctrina de aquel filósofo. Gasendo y Bacon que le siguieron en aquel trabajo, prodigaron á Vives los justos elogios á que se habia hecho acreedor, y á pesar de eso los extranjeros, y aun muchos españoles que los han copiado servilmente, al paso que colman de alabanzas á aquellos dos filósofos, ni aun se acuerdan del español que les precedió.

Deseno de llevar á cabo la empresa comenzada escribió despues la referida obra *sobre la corrupcion de las artes*, que contribuyó de immortalizar su nombre entre los eruditos. Dividióla en tres partes: en la primera trata de la corrupcion de las artes en general, y en especial de la gramática, dialéctica y retórica, filosofia natural y moral, y el derecho civil. Pero como no bastaba mostrar el defecto de que adolecian sin aplicar el remedio, escribió en la segunda parte *sobre el verdadero método de enseñar las ciencias (de tradendis disciplinis)*, y finalmente en la tercera una esplanacion á las dos anteriores.

Durante su permanencia en Lovaina compuso por via de pasatiempo un librito sobre los principios, sectas y alabanzas de la filosofia, (*de initiis sectis et laudibus filosofiae*) que fue muy apreciado, otro de jurisprudencia titulado *artes legum*, y otro de literatura llamado *el sueño de Scipion*, el cual dirigió al obispo Leodicense que acababa de ser nombrado arzobispo de Valencia.

Al mismo tiempo escribió otras obritas sobre las matemáticas que explicaba á sus discipulos.

(Se continuará.)

CRITICA LITERARIA.

REVISTA TEATRAL.



AYOR será que tomemos la pluma para informar á los lectores del Semanario del estado actual de nuestras teatros; y con tanto mas motivo debemos satisfacer esta deuda, cuanto que desde el 13 de julio último, no hemos vuelto á de-

dir nada buena ni malo del principal espectáculo de una población culta: si bien es verdad que ha perdido el derecho á llamar nuestra atención, desde el momento en que ha dejado de ser, por caprichos de la suerte, el espectáculo mas notable de la corte.

Hubo un tiempo en que la decadencia de nuestros teatros se atribuía á la tenacidad de los empresarios de poner constantemente en escena nuestras antiguas comedias, en cuyo desempeño habian alcanzado notable celebridad varios de nuestros autores, como el Sr. Carretero, la Sra. Baus, &c. Ese clamor llegó por fin á ser oído, y merced á un diluvio de traductores, el teatro francés se trasladó en peso á los teatros de Madrid. Estos, sin embargo de tan súbita reforma, continuaron arrastrando, solos y desamparados, su raquítica existencia. De nuevo los clamores, de nuevo las polémicas en los periódicos sobre indagar las causas de ese desden, de esa indiferencia con que el público miraba un espectáculo atacado de una enfermedad mortal que nadie acertaba á curar radicalmente. Las funciones líricas se consideraron como el único medio de sostenerle, y la ópera vino, y los mejores cantantes de Italia vinieron á hacer ostentación de su habilidad en nuestros teatros; pero estos son pequeños; los gastos que la ópera ocasionaba, cuantiosos: el público espectador reducido á determinado número de personas; y rara era la ópera que despues de las tres primeras representaciones produjese lo necesario para cubrir las dos terceras partes cuando mas de los gastos. Abajo la ópera, porque no puede costearse; porque los empresarios se arruinan; porque las funciones de *verso* no pueden cubrir el déficit que aquella ocasiona. Desde ese momento quedamos peor que anteriormente, porque no teniamos ni teatro lírico, ni teatro cómico, puesto que el público abandonó este á su triste destino.

No ha faltado tampoco quien haya atribuido á la escasez de autores la falta de asistencia del público al teatro. Pero ¡cosa rara! precisamente en la época en que se han puesto en escena crecido número de dramas originales de no escaso mérito, entonces... ¿vergüenza causa el decirlo! entonces... ¡un solo teatro ha permanecido abierto por largas temporadas en la capital de España! Y cuenta que no estamos en los tiempos de los Comellas y comparsa, fúnebricos zarcidores de farsas insulsas, no; nuestros actuales poetas dramáticos, valiéndonos de una espresion del célebre Moratín, *valen mas cuando delirán que aquellas cuando escriben en razón*. Los nombres de los Sres. Breton, Gil y Zarate, Hartenbusch, Gutierrez, Rubí, y otros varios, aunque avasallados en parte algunos de ellos por una escuela nueva que salió del carril del buen gusto, para volver á él con mayor esplendor, forman una de las páginas brillantes de nuestra moderna literatura; y sus dramas, lo mismo que las atinadas traducciones del Sr. Vega, han llegado á una altura inaccesible para aquellos dramáticos de fines del siglo pasado que carecian de ingenio y habilidad para la empresa que acometieron. ¿Qué mas? en el transcurso de seis meses escasos que han mediado desde que hicimos la última revista teatral, han sido puestas en escena siete composiciones dramáticas originales, dignas de un público menos desdeñoso; y ademas otras nueve traducidas, con inteligencia algunas de ellas. Sin embargo el teatro ha estado y está desierto. ¿De dónde proviene este fenómeno singular? ¿De la falta de actores? no son tan despreciables los que han ocupado y ocupan actualmente la escena. ¿De la falta de autores originales? tampoco. ¿De la falta de variedad en los dramas? apenas en un año se representa tres veces una misma función. ¿Procederá acaso de las circunstancias? ¿de la escasez de dinero? ¿de la penuria en que se hallan todas las clases de la sociedad? Volvamos la vista á la plaza de toros, al circo olímpico, á las escenas gimnásticas

de los mismos teatros, y allí encontraremos la respuesta.

A estos espectáculos acude multitud de gente, no de una sola clase, sino de todas las de la sociedad. No hablamos de los toros, función que goza de la prioridad de muchos siglos; que se ha hecho esencialmente española; y que ha resistido con una constancia sin igual, no tan solo á la severa opinion de los moralistas, sino lo que es mas, á los mandatos del trono. Popular y característica, forma, pues, una parte muy principal de nuestras costumbres, llevando consigo la simpatía de pueblos animosos á quienes lisonjea todo aquello en que brilla la bravura y la fuerza: no es extraño por lo mismo que semejante espectáculo se vea siempre concurrido aun en las épocas mas calamitosas. ¿Pero tienen por ventura las mismas razones en su abono los ejercicios gimnásticos del circo y del teatro de la Cruz? No ciertamente; y sin embargo la esperiencia diaria nos está demostrando de una manera indudable que las zapateas de Auriol y el descajonamiento de Babel, las gracias desgraciadas de *Don Francisco el enano* y los saltos de la *estrapada* de los hermanos Turin, son rivales tan poderosos del teatro, que le tienen anonadado y moribundo. Y no perdamos de vista que los precios de entrada en el teatro para ver doblar como un pañuelo á Mr. Babel, y levantar quintales de hierro á los atletas franceses, son los mismos que se pagan por ver la mejor ópera ó el mejor drama: que los que se exigen en el circo olímpico por ver lo que millares de veces hemos visto, son todavía mas subidos que los del teatro; y por último que á pesar de todos los inconvenientes de la escasez de la época, del mas alto precio del circo, y de la monotonía de ver constantemente ó unas mismas suertes, ó suertes análogas por estar fundadas en unas mismas leyes físicas, la multitud de todas clases acude con preferencia á los espectáculos en que la agilidad del cuerpo y la imperturbabilidad material de la cabeza tienen la parte mas principal; y abandona aquellos en que el talento, la imaginación, el ingenio, la espresion de los afectos mas delicados, mas vehementes, mas terribles del alma, llenan todas las condiciones del espectáculo eminentemente racional y sublime que debemos á la inteligencia humana.

¿Qué consecuencias deberemos deducir de semejantes premisas? Una muy sencilla. Que la concurrencia no se aleja del teatro por falta de recursos; ni por escasez de producciones originales y variadas; ni por impericia de los actores; ni por otras mil circunstancias á que solemos atribuir la decadencia del teatro. No diremos por eso que semejantes circunstancias dejen de tener bastante parte en el abandono de nuestra escena; mas la causa principal y absoluta no reside esencialmente en ellas. ¿Nos arrojarémos á ponerla de manifiesto?... No: tal vez al descubrirla no podríamos menos de lastimar nuestro amor propio individual: tal vez deslustraríamos algun tanto el pomposo panegirico que diariamente hacemos del siglo de las luces; y ¿quién sabe si en fuerza de nuestras invencibles cabalidades deduciríamos, seducidos por una falsa lógica, que los placeres materiales de los sentidos tienen ahora mayor influencia en el ánimo que los placeres del entendimiento y del corazón? Dejemos pues á nuestros lectores la resolución de ese problema; y conviniendo desde luego en que la disposición de nuestros teatros es mala; en que sus localidades son molestas, aunque no tan perjudiciales á los pies, narices y ojos de los espectadores como las sillas del circo, digamos algo de nuestro teatro de 1840.

Desde el 13 de julio, en que, segun dijimos al principio, publicó el Semanario su revista teatral, han sido puestas en escena siete producciones originales, á saber: *El encubierto de Valencia*, del Sr. García Gutierrez: *Cáscate por interés y me lo dirás despues*, de Abenamar: *Toros y Cañas*, del Sr. Rodriguez Rubí: *Los perances de un car-*

lista, comedia de circunstancias, y de autor anónimo: *El cuarto de hora*, del Sr. Breton de los Herreros; y últimamente, *Un prestamista*, y *El pronunciamiento*, también de circunstancias y de autores ignorados.

Traducidas se han puesto en escena, *La Hostería de Segura: Intriga y amor, ó el médico español: El Mulato. La abadía de Castro: Las dos hermanas: Una ausencia: Badilde, ó la América del norte en 1775: La mujer de un proscrito: Mateo ó la hija del Espagnoleta.*

Con estas funciones han alternado las de ópera de triste recordación, los desconcertados miembros del Sr. Rabel y los robustos puños de los Sres. Turin: todo ello se dá la mano, y váyase lo uno por lo otro. A bien que los dos hermanos hércules y el Sr. Ratel, pueden jactarse de haber servido de atlantes á la empresa de los teatros, porque á no haber sostenido sobre sus hombros al de la Cruz, se hubiera hundido á pesar del refuerzo de la ópera.

Nuestros lectores nos dispensarán de hacer el juicio crítico de los dramas originales arriba enumerados, por no ser este el principal objeto que nos propusimos al escribir el presente artículo, el que por otra parte resultaría demasiado extenso respecto de los límites á que habemos de ceñirnos. Por lo mismo nos contentaremos con decir que las dos piezas mejor recibidas del público han sido *El cuarto de hora* del Sr. Breton, y *Una ausencia*, original de Scribó, y perfectamente acomodada á nuestro teatro por el señor Vég. La primera se funda en una acción sencilla, del gusto y carácter de todas las del Sr. Breton; pero sumamente animada por un diálogo vivo, ameno y fácil, salpicado de gracias cómicas para lo que tan flexible se encuentra siempre la pluma de su autor. La segunda igualmente sencilla en su acción, y diestramente vestida á la española, contiene una acción eminentemente moral; enseñando á ser nobles y generosos, al par que delicados, á los que por un error de nuestra educación, presumen tener el derecho de lavar con sangre las ofensas conyugales; ó no ver bastantemente vengado su honor sino se transforman en *Otelos* ó *Orosmanes*, ó en *El médico de su honra*. El público ha pagado con lágrimas el tributo que se debe al sublime de la verdad, espresado de una manera digna, lacónica y elocuente, sin palabras ociosas, sin vanos adornos, sin frías declamaciones: la elocuencia de una verdad natural es obra del sentimiento y no de la imaginación.

No podemos menos de congratularnos con los demás autores que han contribuido con sus luces é ingenio á enriquecer el catálogo de nuestro teatro moderno, y exhortarles con toda la sinceridad de nuestro corazón á que continúen dando nuevas pruebas de las felices disposiciones de que les dotó el cielo para cultivar con buen éxito el difícil género á que se han dedicado. Harto sabemos que es mucho exigir de su constancia el que consuman su imaginación y su tiempo en tareas muy nobles, muy honrosas, sí, que labrarán su reputación literaria y la del país en que nacieron, pero que desgraciadamente no resarcirán sus afanes y vigias, porque no es dado á nuestros literatos encomendar su fortuna á los esfuerzos de su ingenio y su talento. Mas si este es un sacrificio costoso en sí mismo, no lo es tanto desde el momento en que llegamos á reflexionar que todos debemos emplear nuestras fuerzas para honra de nuestro nombre y mayor lustre posible del suelo que nos vio nacer.

REVILLA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL MUNDO INVISIBLE.

II.

LA SANGRE (1).



ENTRA con tal prontitud la esperanza en el corazón de un enfermo; erce tan fácilmente en la curación, objeto de sus deseos, que las últimas palabras del médico me volvieron la vida.

Figúrese cualquiera á un hombre cuyos ojos, por una serie de causas incomprensibles, se han hecho incapaces de ver á la distancia de una ó dos pulgadas, otra cosa que la luz del día, y á quien se representan los objetos á que se aproxima mil veces mayores de lo que son en realidad: un hombre condenado por una extraña perturbación del sentido de la vista á encontrarse en medio de una estancia de veinte pies en cuadro, aislado, perdido como en un desierto, y á no ver en su amigo mas que una sombra luminosa, confusa y lejana, á pesar de hallarse á tres pasos de distancia de él.

Son estas sensaciones tan insólitas, tan extrañas, tan imprevistas, que si las refiriese seria necesario haber sido microscopo como yo, para pensar que no exagero. Como no distinguía ni el piso, ni las paredes de mi cuarto, no me atrevia á levantarme, temeroso de caer en algún abismo abierto á mis pies, y permanecía como petrificada en mi sofá, sin poder verme, y dudando si tenía carne y hueso me ocurría mirarme la mano para asegurarme de que en efecto era yo mismo la sombra que tenía delante; pero ¡cielos! ¿qué tengo en la mano? ¿qué montañas son estas? ¿qué son estos inextricables rosales de líneas tortuosas sembradas de largos hoyos? pregunté temblando al doctor, el cual me respondió sonriéndose. Es la piel de V. ¿no le parece á V. que se ha afesado extraordinariamente de ayer á hoy?

— Pero yo soy un monstruo!

— Nada de eso: la admiración de V. consiste únicamente en que V. se ve un poco mas abultado. ¡Ah! no conoce V. aun la piel de su mano, y creía ayer demasiado pequeño el mundo; qué ignorante vanidad! Mire V. de cuantas escamas se forma esta pequeña epidermis; cuántos orificios se admiran en ella! se pueden contar mas de mil en el espacio de una pulgada, y por consiguiente cerca de dos millones cuatrocientos mil en toda la extensión del cuerpo. Esta película que le parece á V. tan espesa no tiene mas que la centésima parte de una línea, y no obstante ¡qué complicación, qué resistencia ofrece! Pero ¿quiere V. ver una cosa aun mas curiosa? y tomándome la mano. Mire V. aquí, un poco mas hácia la derecha, ahí.

— Ah! gran Dios, querido doctor, estoy todo ensangrentado, ¿qué me ha hecho V.?

— Nada mas que una simple picadura con un alfiler, y tan ligera que apenas puedo distinguir un imperceptible punto encarnado.

— Pues yo veo un gran agujero de donde salen arroyos de sangre. Cada gota se parece á un huevo transparente en cuyo centro se agita un punto negro.

— La sangre, me dijo el doctor, es un líquido sin color,

(1) Véase el tomo anterior página 405.

LOS ABENCERRAGES.

La vuestra esposa, rey justo,
Grande traicion cometió,
Que nosotros la escuchamos
Pláticas torpes de amor.

La luna con luz quebrada
Lentamente penetro
En el bosque de arrayanes
Que niega la entrada al sol.

Allí livianos gozaban
De su criminal pasion,
sin respetar vuestra sangre,
Que es sangre limpia y de pró.

Un villano caballero...
No era caballero, no;
Que si él fuera de valía
No manchára su blason;

Un cobarde Abencerrage,
Que muy poco aventuró,
Pues poco vale la vida
De un miserable traidor,

La requería de amores,
Balbuciente de temor,
Y en sus ojos relucia
La esperanza y la ilusion.

Y la reina (perdonadnos
Si os ofendemos á vos,
Que al fin es señora nuestra,
Y vuestro lecho partió).

La reina, fuerza es decirlo,
Sus ternezas escuchó,
Cual escucha un condenado
Las nuevas de su perdon.

Ardiente y apasionada,
Como su vil seductor,
Se abandonaba al deleite
En los brazos de Almanzor.

Nosotros propios lo vimos,
Y el cielo tambien lo vió;
Que no deja sin castigo
Al que sus leyes holló.

Nosotros, nobles Zegríes,
Celosos de vuestro honor,
Lo harémos bueno en el campo
Uno á uno, dos á dos.

II.

Y al punto saúdo genizaro horrible
Hundiera á la mora con gesto brutal
En honda mazmorra de aspecto terrible
Que exala vapores de olor sepulcral.

Allí recostada la bella infelice
En áspera losa reclina la sien;
Allí se lamenta la que antes felice
Hollaba las rosas de un mágico Eden.

Y en tanto ofendido del crimen forjado
Por esos Zegríes sin honra ni ley,
Contra la tribu del moro acusado
Sentencia de sangre lanzára el buen rey.

Entonces con rostro de calma y mesura
Secretó recaudo de paz les embia,
Velando su saña y su triste amargura
Con muestras de nuevas que darles quería.

Incautos, sencillos, de cándido pecho,
escuchan ufanos la honrosa merced,
Y dejan veloces el plácido lecho,
Que honor les gritaba: «sois nobles, corred.»

Y corren ¡cnitados! pensando que amaga
El hierro enemigo de bravo infanzon;
Y á todos el lauro terrífico halaga
De hollar en la vega cruzado pendon.

Y todos ganosos de prez y de gloria
De un vuelo quisieran llegar luego allá,
Y ansiando valientes sangrienta victoria
Que inflaman sus pechos su hermosa y Alá.

Mas no es la tizona templada en Toledo
la que hora provoca su noble altivez;
Ni es Lara, ni Osorio, Guzman, ni Escobedo,
Ni son adalides de fama y de prez.

Y corren y llegan.... Tened, ¡insensatos!
Mirad que os aguarda la saña de un rey,
De un rey del Oriente que en sus arrebatos
Insulta orgulloso costumbres y ley.

Mirad que os aguarda el hierro cobarde
De vil asesino; mirad que hay traicion,
Y no honrosa muerte trepando el adarbe,
Pues solo os espera verguenza y baldon.

Mirad que en Granada se diz que el linage
Traidor que acaudilla cobarde el Zegrí,
Juró vuestra muerte, y en saña y corage
Se junta con ellos el de Almoradí.

Mirad que os aguarda la corba cuchilla;
Que ya tiene alzado su brazo el sayon;
Y no hay esperanza, del Dairo en la orilla,
Que nunca sus labios pronuncien «perdon.»

Mirad que hoy el cielo rojizo anunciaba
Fatídico agüero de muerte cruel:
Mirad que es gran pena morir, cuando alzaba
Esbelto y airoso su cuello el doncel.

III.

¡Desdichados! no me escuchan;
Y ya el primero llegó,
Y ya rodó su cabeza
En el mármóreo pilon.

Y los que el soberbio muro
Escaláran sin temor,
Los que en millares de lides
Sembráran desolacion;

Los que al blandir de su lanza
En la rota de Alporchon
Cubrieron de rojas cruces
Todo el campo en derredor;

Los que en encuentros parciales
Tantas veces miró el sol
Lidiando, cual los valientes,
Por su dama y por su Dios;

Aquellos cuyas proezas
Daban gloria al trovador
Al cantarlas por las noches
Bajo el derado balcon;

Los que en la risueña vega
Tuvieron la blanca flor
En sangre de sus contrarios
Que hasta el Genil salpicó,

Opa enal viles traidores
A las manos de un sayón
Mueren sin nombre y sin gloria:
Pero mueren con honor,

Porque su conciencia es pura
Como los rayos del sol,
Y no manchó la mentira
Su sencillo corazón.

Uno y otro Abencerrage
Cayeron, como la flor
Que troncha en su mejor día
El soplo del aquilon.

IV.

Desde entonces en la Alhambra
De tiempo en tiempo se oyó
Un ruido sordo y lejano
Que á todos pone pavor.

El palacio del Califá,
Antes celeste mansión,
Se tornó triste y sombrío
Cual la casa del dolor.

Porque sus mármoles y oro
Sangre inocente manchó,
Y nunca borrarse pudo,
Que así Alá lo permitió.

Y donde antes se escuchaban
Dulces endechas de amor,
Y cántigas de alegría,
La soledad se asentó.

De las zambras, las ternezas
Y el laud del trovador,
Tan solo un eco doliente
Ora repite ¡tráicion!!!

A. J. MORENO GONZÁLEZ.

COSTUMBRES.

¡¡¡POBRE DON MELITON!!!



STAS flores no están bien á mi pelo, tréme
aquellas azucenas que me regaló Narcisito.

—Corre pelma. — Pero mujer, si este chi-

quillo me atosiga, y no puedo dejarle de la mano. — Pues
échale en el suelo hasta que se canse de llorar. — Mire V.

las doce de la noche y aun no he concluido de vestirme.

— La pomada, el peinador, el acerico: — despacha — lim-
piame el polvo á esos zapatos mientras concluyo este tira-
buzon: — ¿has oido? — Ya voy, Mariquita; ya voy; ¡me
mandas tantas cosas á la vez... — aquí está el peinador! —

Mentecato; y me trae una rodilla de la cocina. — Mira,
no empieces á podrirme la sangre como acostumbras. — ¡Ne-
cio de mí!... vaya, hijita no te incomodes, y déjame dar
un beso á mi Pepin. — Pues; entretente ahora con los niños
mientras yo rabio y me consumo en este maldito tocador.
Ninguna se vá á presentar en el baile tan descompuesta
como tu mujer!... por vida de... — Qué es eso, pichoncita
mía? ¿qué te ha sucedido? — Quitate de delante, ó te rom-
po la cabeza con la media caña — ¡Salvage! ¿á quién sino
á tí se le ofrece traérmela tan caliente que me he tostado
medio rizo? — Pero mujer, si la puse en el rescoldo junto
al puchero del guisado... — Es que tú eres un topo desde
los pies á la cabeza, y no entiendes, ni oyes, ni ves... ¡hum!
quitáteme de delante, y vete á cuidar de los chiquillos.

D. Meliton, que este era el nombre del paciente mari-
do, agachó las orejas con la mayor humildad, y se fué á
un rincón á mecer la cuna, en tanto que su esposa daba
los últimos toques á su *toilet* para marcharse al baile. Este
emblema de la resignacion, este prototipo de la paciencia
humana, fue muchos años demandadero de un convento
de monjas, donde á fuerza de llevar y traer recados, de
conducir á las casas de los devotos cestitas de rosquillas y
escapularios, de hacer reverentes cortesias á la madre su-
periora, y de batir á dos manos el chocolate para el padre
confesor de la sierva de Cristo, llegó á juntar unos cua-
renta duros, real mas ó menos, con cuyo capital se creyó
ya en estado de comprar un mueble de lujo, y buscó una
mujer. Casóse, ó le casó el cura que es lo propio, con una
valenciana de temperamento muy distinto del que prometía.
su cuna, que habia sido una garrafa de orchata; y así es
que en la octava del matrimonio, sobre un quitate allá,
pegó en la mesa un sonoro bofetón al marido, y le conde-
nó á comer en la cazuela de los gatos. — ¡Pobre D. Meli-
ton!!! — Todo iba bien, sin embargo, porque el prudente
demandadero sufría aquellas pequeñas impertinencias por
amor de Dios; se desahogaba contando sus cuitas á la her-
mana *tornera*, y se distraía la mayor parte del tiempo en
hacer niños de cera y cortar cintas de raso para los esca-
pularios; pero quiso la mala suerte que pasasen sus felices
tiempos; el convento fue demolido, y el demandadero se
quedó sin oficio por no haber mas recados que traer ni lle-
var, ni mas cestas de rosquillas, ni mas devotos que diesen
dinero á cuenta de corazones y acericos de lentejuelas.
¡¡¡Pobre D. Meliton!!! — Pero Dios aunque aprieta nunca
ahoga (como dice un santo refrán), y así es que en medio
de su tribulacion, encontró un amigo, que lo habia sido
en otra época muy íntimo de su mujer, con la ayuda del
cual tomó un cuarto quinto en la cava de S. Miguel, se
hizo portero honorario de una oficina, y tuvo tres criatu-
ras como tres soles.

Uno de estos, que estaba aun en mantillas, se iba ya
dormiendo en la cunita mecido por el afanoso papá, cuan-
do se sintió en la calle el ruido de un carruage, tocaron
á la puerta seis aldabazos con grande estruendo, y nuestro
hombre se levantó despavorido gritando — Despacha, Mari-
quita, despacha, que está ya ahí el Sr. D. Narciso: — ¿donde
has colgado la llave? — ¡Calla, hijo mio, calla que ya voy!
— Pronto; aquí tienes el ridículo y el manton — ¡Calla,
amor mio, que ahora te meceré; — Despacha — yo me estoy
consumiendo por lo que le haces esperar: — vuelve á lla-
mar de nuevo, y entretanto ese pobre chiquitín... mira que
sino callas vá á venir el coco. ¡vamos, Mariquita, si estás
ya bien... los guantes... deja que te ate esa galga. ¡¡A Dios,
no hay remedio: le tendré que llevar en brazos para bajar
á abrir la puerta... Pichoncita, no me riñas ¿qué culpa
tengo yo de que lloré el angelito?... Vamos, deja que coja
la palmatoria.

El pacifico portero dió el brazo derecho á su mujer pa-

ra ayudarla á bajar la escalera; con el izquierdo sujetaba el chiquillo, y en la mano llevaba la luz, la llave, el redículo, el picaporte, los guantes y el abanico. Abrió la puerta, hizo mil cortesías á su amigo y protector que asomó la cabeza por el vidrio del coche para saludar á Doña Mariquita, y despues de encargarles que bailasen y se divirtiesen mucho, volvió á subir pausadamente los interminables escalones.

La primera diligencia que practicó al entrar en su aposento, fué mudarse los pantalones que tenia mojados, sin duda porque el niño con el frío del portal... ¡¡¡ pobre Don Meliton!!! ... y en seguida, á fuer de hombre hacendoso y amigo del orden, fué colocando las sillas en su lugar; dió un limpión al tocador; guardó el tarro de la pomada, colgó el vestido de su mujer en la percha; recogió las horquillas y alfileres que habia esparcidos por el suelo, y fué á dar un vistazo á la lumbre y añadir agua al guisado.

Estando en esto, la niña mayorcita que se hallaba en cama con sarapion, empezó á pedir caldo, y despertó á Manolito que dormia en la misma alcoba. El oficioso papá corrió al instante á la cocina en busca de la sustancia de arroz; pero ¡oh sorpresa cruel! el gato retozon habia volcado la jarra, y el agua blanquecina sulcaba el pavimento en pequeños arroyos, inundando la mesa y humedeciendo el pan y otras menudencias encerradas en el cajon. No es facil concebir la consternacion del demandadero al ver la catástrofe que condenaba á ayunar toda la noche á la hija de sus entrañas. — Atortolado y fuera de sí coge la desportillada jarra y vuela de cuarto en cuarto preguntando á todas las vecinas si tienen por casualidad una taza de caldo; pero unas le contestan con mal gesto que *no* desde la cama, y otras le dan con la puerta en los oídos, dejándole en la misma necesidad... ¡¡¡ pobre D. Meliton!!!

Manolito, que es de la piel de todos los chicos mimados y antojadizos, gruñe y pateá porque le han despertado, y en medio de su despecho hace girones la sábana para sacar por ella las piernas; el niño de la cuna se acuerda de su querida teta, y gáñe en tiple, sacando á relucir toda la

fuerza de que son capaces sus pulmones; la enferma redobla sus gritos para que la den alimento; y todos tres forman un armonioso terceto que deja muy atras los concertantes de Bellini, y se aproxima mucho á la música marcial con que es recibida en el infierno el alma de un escribano. El desventurado padre se encuentra en la posicion de un hombre acometido al mismo tiempo por tres asesinos, que no sabe como parar los golpes, ni á quien debe acudir primero; pero al fin movido de una heroica resolucion, coje al chico de mantillas en un brazo y le mete en la boca un hoton para que nname; arroja sobre la cama de Manuel la caja de soldados y el caballo de pasta para que se entretenga, y con la celeridad del rayo moja una miga de pan en agua, la esprime en una taza, mezcla el liquido con azucar, y vuelve triunfante al lado de la enferma para acallar su apetito.

!! Noche borrascosa; !! noche escrita con tizne de sartén en los anales de un matrimonio; !! El hombre pacifico condenado á luchar alternativamente con tres muchachos llorones; reducido á suplir la falta de pecho con una mazorquilla de azúcar... estrechado á soplar la lumbre para que se calentase el guisado y á ponerse una saya de su mujer por haberse inutilizado enteramente los dos únicos pantalones que tenia...! Cuántas veces maldijo á la naturaleza que no habia provisto su pecho de un pezon para acallar el angelito que llevaba en sus brazos!!; Cuántas veces descalzo y en puntillas por no incomodar á los vecinos, corrió los aposentos de la casa llevando en hombros al hijo revoltoso que queria ir á paseo en horriquito...!!!

Por fin, amaneció Dios, y la casta esposa toda pálida y desencajada, regresó á su casa para meterse en la cama y pedir el desayuno. Aquí delv olver á la carga para encender la lumbre, batir el chocolate, correr afamoso á la compra, poner el puchero, guardar el traje de baile, cepillarse las botas y marcharse á la oficina sin haber probado el sueño, con las fuerzas desfallecidas y la cabeza como un toro... !! Pobre D. Meliton;!!!

C. DIAZ.

